

VIOLENCIA FILO-PARENTAL
Un punto de vista medico y médico-forense

Ana Eugenia Abasolo Telleria
Médico-forense del IVML

Se denomina **Síndrome del padre maltratado** a conductas reiteradas de violencia física (contusiones, zarandeos, empujones, arrojar objetos, etc) verbal (insultos repetidos, amenazas) o no verbal (gestos amenazantes, romper objetos valiosos) dirigidos a los padres o adultos que ocupan su lugar.

Cuando se habla de maltrato en el medio doméstico, se refieren a situaciones de habitualidad, repetidas y agravadas en el tiempo.

Hablar de la violencia contra los padres lleva inmediatamente a pensar en los hijos adolescentes y jóvenes, a los que se asocia con la imagen del “vivido”, exigente con los padres, a los que maltrata y acosa. Tiene su parte de verdad, pero hay que decir que el fenómeno de la violencia filo-parental (de hijos contra padres) es un fenómeno muy complejo y que no basta un único prototipo de familia ni un único tipo de adolescente.

Todos los estudios y las estadísticas internacionales indican que, en las últimas décadas, se esta disparando la criminalidad en los jóvenes. Es un hecho sorprendente, porque nunca los jóvenes han estado tan considerados ni han dispuesto de tantos recursos como en la actualidad. Ha aumentado todo tipo de criminalidad, el National Center Of Juvenil Justice de EEUU había previsto un incremento en el año 2010 del 142% en homicidios cometidos por jóvenes, un 58% en robos y un 66% en violaciones.

Dentro de esta criminalidad creciente, habría que incluir la violencia que va dirigida hacia los padres. Se trata de una realidad antigua, de dimensiones nuevas. Hasta hace escasamente diez años, las denuncias de los padres contra los hijos eran excepcionales, y como tal se consideraba. Pero crecen de un año a otro.

El Ministerio del Interior declaró que, en el año 2005, se multiplicó por 8 el número de denuncia de violencia filo-parental respecto años previos.

En un reciente estudio elaborado y publicado por el Instituto Vasco de Criminología sobre menores infractores de la Comunidad Autónoma Vasca, señala que el maltrato familiar representa el 5,8% del total de delitos cometidos por menores. Pero si a este porcentaje se añade el 4,7% tipificado como delito de violencia doméstica, tenemos un total de un 10,5% de la violencia intrafamiliar ejercida por menores, en nuestra comunidad.

Son aún pocas las investigaciones rigurosas y los estudios que analizan en profundidad las raíces y la causalidad de esta violencia. Esto se debe a que es una realidad compleja, asociada a factores de cambio social y que es una realidad que sigue estando oculta. Pero todos estamos de acuerdo en que es un problema que tiene una raíz cultural y social fundamental.

La familia es una institución básica del entramado social. “ No pegarás a tu padre” es una de las normas básicas, uno de los tabúes de toda sociedad. Su quebranto supone poner en riesgo la colectividad.

La violencia es un fenómeno predominantemente masculino, salvo en el ámbito

intrafamiliar, dónde ser mujer es un factor de riesgo de sufrir violencia (desde la familia de origen, desde la pareja y por los hijos).

Cuando pensamos en un padre maltratado inmediatamente nos viene a la cabeza la imagen del adolescente, chico, agresivo e intolerante. Esta imagen tiene su parte de verdad, pero no es tan sencillo.

La violencia y el maltrato hacia los ancianos es una realidad que contradice esta creencia. La violencia contra las personas mayores parte de unos cuidadores, la mayor parte de las veces los hijos, que han abandonado ya la adolescencia

Hay muy pocos datos fiables sobre la violencia en los ancianos y también hay muy pocos estudios sobre esta materia. Se trata de otra realidad “invisible” que incide sobre una de las porciones más frágiles de la familia y de la sociedad en la que vivimos. El desarrollo social, médico y laboral ha propiciado una prolongación en las tasas de vida y una envejecimiento de la sociedad. Ha cambiado la pirámide poblacional, con una elevada masa de ancianos y una natalidad muy baja, desplazándose los valores de la sociedad.

Los ancianos han dejado de ser las figuras más respetadas de la sociedad y se han cargado de estereotipos negativos. El trono social se ha desplazado hacia los niños y adolescentes.

Cuando hablamos de violencia, desde planteamientos médico-legales, nos estamos refiriendo a conceptos amplios de violencia:

- Violencia psíquica.
- Violencia física.
- Violencia económica.
- Violencia sexual.

Cada tipo de violencia, a su vez se subdivide en violencia por acción (por ejemplo golpes, empujones, insultos, amenazas, violaciones, etc) o por omisión (en el plano físico sería dejar de alimentar, privar de medicamentos, el silencio, la exclusión dentro de la familia, etc). Pueden darse una forma aislada de violencia o aparecer de forma combinada. De todas ellas, la forma que es básica y siempre está presente es la violencia psicológica, sin ella no puede concebirse otras formas de violencia y puede darse en si misma (sin necesidad de que aparezcan otras formas de violencia).

Los estudios internacionales sobre el maltrato a los mayores, parten de la consideración de anciano a los mayores de 65 años, aunque las edades de riesgo de ser maltratado se sitúan por encima de los 75 años. Los estudios realizados en distintos países no son coincidentes ni en sus cifras ni en sus conclusiones. La mayor parte de los estudios proceden de EEUU y Canadá y parten de criterios inclusivos de violencia.

En base a estos estudios, el 80% de los casos detectados es por violencia física y el 20% de los casos restantes se reparten entre los demás tipos de violencia.

Estas cifras son distintas en los estudios realizados en nuestro país. Isabel Iborra auspiciado por el centro Reina Sofía del Estudio de la Violencia, ha presentado en el 2.008 uno de los trabajos más extensos realizado en España sobre esta cuestión.

Este estudio refleja que la victima principal es la mujer anciana (63,2%) que sufre el

85,7% violencia psicológica, el 75% de la violencia económica y el 50% de la violencia física.

Lo más relevante de todos los estudios, y que parecen coincidir, es la relevancia de características del agresor como factor de riesgo de violencia sobre los ancianos. Así, los estudios coinciden en que *los agresores* son:

- Sexo masculino, a pesar de que el 75% de los cuidadores de ancianos son las mujeres. Hay pocos datos sobre su edad, pero en cualquier caso han abandonado la adolescencia y juventud.

- Aislamiento social, bien debido a sus propias carencias o que el cuidado del anciano les priva de un trabajo remunerado o empeora sus relaciones y apoyo social.

- Dependencia económicamente de su víctima, que se puede ocupar de su manutención, vivienda, gastos de transporte, etc.

Este último me parece un dato muy interesante porque es precisamente la dependencia del cuidador lo que contribuye al maltrato.

En tiempos de crisis como los actuales, muchas familias dependen únicamente de la pensión del abuelo/a, por lo que éste no puede abandonar el domicilio familiar y ser cuidado en centro residencial. En estas circunstancias donde coexisten problemas económicos, frustraciones personales, exigencias de cuidado del anciano, aislamiento social, etc es un excelente caldo de cultivo para que emerja la violencia.

- Trastornos psicológicos en los cuidadores, siendo los habituales síndromes depresivos y trastornos de ansiedad.

- Consumos de alcohol y drogas (que pueden ser medicamentos sin prescripción facultativa).

- Relación con la víctima: se ha elaborado una “lista” de mayor a menor frecuencia de maltrato de ancianos y en primer lugar se sitúa los hijos, seguida de las hijas, yernos y nueras, conyuges y otros.

Sin embargo, en esta lista falta la figura del cuidador contratado, que cada vez más se impone en el cuidado de los ancianos y que no podemos obviar como eventual figura maltratadora. En este sentido es necesario continuar y reactualizar los estudios de los ancianos a la luz de los cambios sociales constantes.

Pero el sufrir malos tratos no depende solo de los agresores, se han identificado *factores de riesgo de las víctimas*:

- Ser mujer es un factor de riesgo (en el estudio del reina Sofia el 63,2% de las víctimas sin mujeres. Las mujeres son más frágiles, pero también más longevas)

- Estar aislado socialmente y convivir con el cuidador, que en muchos casos es un cuidador único.

- Tener dependencias psico-físicas (1% en dependencia moderada, 2,2% en dependencia severa y un 2,9% en gran dependencia).

Sin embargo, yo creo que estos resultados están influenciadas por los criterios elegidos de análisis. Se está subestimando la situación del anciano con déficit cognitivos leves o dependencias leves. Existe un gran desconocimiento sobre el proceso de envejecimiento. Los fallos incipientes de memoria, el deterioro motor leve, etc son atribuidos a la voluntad, provocando la hostilidad del cuidador. En estos tramos leves del deterioro senil es donde más inciden los estereotipos negativos de los ancianos (rutinarios, tacaños, obsoletos, etc).

- Depresión del anciano, aunque es una variable confusa con el maltrato ya que puede valorarse como factor de riesgo o como consecuencia del maltrato.

Si analizamos el tipo de maltrato que sufren, el estudio del Centro Reina Sofía en la población total de ancianos la violencia más frecuente es la psicológica equivalente a la negligencia. Sin embargo, en ancianos dependientes, destaca el abuso económico sobre los demás tipos de violencia.

Lo curioso de este estudio es que se analizaron de forma paralela, pero separada, a los ancianos y a sus cuidadores. Se observaron discrepancias en las cifras de maltrato entre una y otra muestra, tal que los cuidadores reconocen más abiertamente la existencia de malos tratos. Así, en cifras globales, los ancianos dicen que en un 1% de los casos son maltratados, mientras que un 5% de cuidadores reconocen que haya maltrato. Esta discrepancia admite distintas interpretaciones: las propias limitaciones seniles de los ancianos, la dependencia que tiene del cuidador que le lleva a negar el maltrato, la vergüenza social...

No solamente pasa esto en los ancianos. En general, la violencia contra los padres es una violencia “invisible”. A esta reserva colabora la vergüenza, los sentimientos de culpa de los padres, el autoengaño, etc, siendo muy difícil a las víctimas exponer públicamente la realidad de sus vidas.

A estas dificultades de los padres para verbalizar y visualizar la violencia de sus hijos se les puede dar muchas explicaciones, una de ellas psicológica.

Partiendo de las teorías psicológicas del trauma, Janoff-Bulman ha estudiado el pensamiento de las personas normales y su relación con el mundo. Han elaborado unas teorías sobre las ideas o pilares fundamentales que tenemos las a partir de los cuales estructuramos nuestra vida.

Así, en general podemos decir que las personas consideramos que:

- El mundo es un lugar seguro, un lugar bueno y amable.
- Nosotros somos buenos, honestos y competentes.
- Hay una contingencia entre lo que la gente hace y las cosas que le pasan.

Nosotros, que somos buenos y generosos, estamos rodeados de personas buenas y generosas. Creemos que todo lo que ocurre en el mundo tiene un sentido (“si yo soy bueno y generoso no me puede pasar nada malo”, “las cosas malas les pasan a los que van por mal camino”). El bien y el mal siguen caminos trazados por las personas, cosas malas nunca le van a pasar a las personas buenas y honestas.

Estas ideas nos ayudan y nos dan seguridad en momentos normales de la vida. Sin embargo, la realidad es que el mundo no es tan predecible como parece, que interviene el azar en la vida y la realidad es que a las personas buenas les pueden pasar cosas malas. Estas ideas que a priori nos dan seguridad, se vuelven en contra de las víctimas cuando ocurre algo negativo, porque se derrumba el mundo y porque son ideas que culpabilizan a las víctimas .

La víctima de la violencia sufre una desintegración masiva de su mundo simbólico y se destrozan las relaciones humanas. La exposición a la violencia determina una vivencia subjetiva, de indefensión y de culpa. En la víctima es una constante la depresión y la culpa. La culpa se puede interpretar como una retrospectiva de las personas que se han visto incapaces de leer las señales previas a la violencia que indicaban la llegada del hecho traumática. Reevalúan la relación de la familia, la crianza de los hijos, los aciertos que son vistos como errores....

Además, en la vivencia traumática un factor muy importante es que el daño sufrido no

surge del azar sino de la mano humana intencional. Existe una gradación del mal y resulta tanto más traumática para las víctimas una acción lesiva, cuanto más cercana afectivamente esté al agresor/a. Para un esposo/sa y padre/madre es más doloroso el daño inflingido por un hijo que por un cónyuge debido a la implicación emocional.

Otra realidad es la violencia de los adolescentes contra sus padres.

La adolescencia sí que es un fenómeno nuevo propio de sociedades longevas y acomodadas. Hasta hace un siglo era un fenómeno reservado para las clases ociosas y acomodadas. Pero según se ha extendido la clase media y se ha democratizado la vida social, nuestros jóvenes entran en un inevitable periodo de transición e incertidumbre entre la niñez y la vida adulta.

Cada vez se da más pronto la maduración sexual (en el siglo XVII la menarquia o primera regla aparecía a los 17 años, ahora esta en torno a los 11-12 años), al tiempo que la tecnocratización social obliga a una escolarización cada vez más prolongada y se retrasa la entrada en las responsabilidades de la vida adulta.

La sociedad y las familias sufren la adolescencia de sus jóvenes, pero también es un periodo envidiado y privilegiado. El adolescente es fundamentalmente un “vividor”, que quiere vivir la vida con intensidad, en nuestro mundo inmediatezista y presentista, sin que se pierda el instante.

Es una etapa a disfrutar porque desaparecerá:

-“...con ganas de vivir a tope que son dos días”.

-“ Una persona que intenta pasárselo lo mejor posible”.

-“ Ganas de marcha, de hacer amigos, de vivir la vida”.

La cultura del adolescente se basa en aprovechar las oportunidades inmediatas que le otorga la vida, sobre todo, por el consumismo. En ningún otro momento de la historia han tenido los jóvenes tan fácil acceso a tan vastos recursos económicos, tanto poder adquisitivo, dinero que sale del bolsillo de sus padres, y son consumidores de bienes de todo tipo. Los padres son los suministradores de bienes. La infancia y la adolescencia se han convertido en periodos de derechos ilimitados y ausencia absoluta de responsabilidades.

Lo curioso que la propia sociedad en vez de limitar estos objetivos, los está adquiriendo (*juvenilización*). Entre personas de cualquier edad prima el culto al cuerpo, la búsqueda de la eterna juventud, la inmediatez de las recompensas.... Cada vez menos importan los objetivos a medio-largo plazo, solo vale el aquí y el ahora en un mundo incierto y frágil.

Frente a esta realidad de jóvenes y adolescentes privilegiados, no ha aumentado paralelamente la felicidad y satisfacción en ellos.

Todavía hoy se sigue creyendo que la violencia surge de la pobreza y la discriminación. Consecutivamente, si eliminamos la violencia y cualquier forma de exclusión desaparecería la violencia. Sin embargo, han emergido formas violentas que surgen del aburrimiento y de la saciedad. Ambas realidades coexisten, la violencia del que no tiene nada, junto a la violencia del que lo tiene todo (todo material, pero el vacío vital).

Aunque los chicos adolescentes son los que preferentemente ejercen la violencia, cada

vez más aparecen agresoras chicas (a las que se vincula con formas de violencia psicológica: gritos, desobediencia, insultos, amenazas, etc).

En un estudio del Instituto Vasco de Criminología (2010) sobre una muestra de la CAV, el 85% de menores infractores son chicos, frente al 18% de chicas. A pesar de esta significativa diferencia, sí se detecta que comparativamente con estudio previos esta aumentando el porcentaje de chicas, hecho que resulta alarmante.

En un estudio realizado en España por Romero sobre la violencia intrafamiliar de los jóvenes (2005), se analizaban distintas variables sociodemográficas.

Se comparaba a los infractores masculinos y femeninos por franjas de edades. Encontró que del total de infracciones legales, con 14 años el 8,7% eran chicos frente al 4,2% de chicas. Sin embargo, con 17 años, los chicos representaban el 39,1% frente al 41,7% de las chicas. Resultando llamativo este incremento de las chicas paralelo al crecimiento en edad.

En este mismo estudio se estudiaron variables sociodemográficas del macrosistema (valores culturales, creencias y modelado social), del ecosistema (estructuras sociales que influyen sobre los comportamientos individuales), del microsistema (dinámicas familiares) y factores ontogénicos (historia personal).

No se encuentra que haya una especial diferencia social entre las familias en que hay violencia de los hijos y la población general. Encontraron que de 116 familias a estudio, el 69% tenían un nivel económico calificado como de “suficiente” y el 6,8% de ingresos elevados. En otros tipos de maltrato familiar, como la violencia de género, los estudios sitúan a familias de estratos medio-bajos como las más afectadas.

Otra constante significativa verificado en todos los estudios internacionales y también en el estudio de Romero, la relevancia de hogares monoparentales (separados, viudas, madres solteras, etc). De todas estas situaciones el factor más relevante para esta violencia parece ser el divorcio, no tanto por el divorcio en si mismo, sino por todos los factores acompañantes a la rupturas. En el divorcio emergen situaciones complejas, donde miembro de la pareja puede llegar a graves situaciones de confrontación y hostilidad frente al otro cónyuge. En esta batalla pueden quedar atrapados los hijos, adoptar posiciones hostiles o confrontativas contra un progenitor que es alimentada por el otro.

Un 56% de los jóvenes que ejercían violencia sobre sus padres, vivían en una entorno familiar distinto al original o biológico.

El 56% se trataba de hijos únicos o primogénitos. Este hecho admite diferentes interpretaciones. Por un lado, al tratarse del primer hijo se da una mayor inexperiencia de crianza en los padres, en muchos casos, padres adolescentes. Ser primogénito es una situación de riesgo también para sufrir maltrato infantil.

Poco a poco se está estudiando cómo son estos jóvenes que agreden a sus padres, como son estos padres y cuales son las dinámicas de relación de la familia. La agresión de los hijos hacia los padres implican una ruptura de la normal jerarquía de la familia y una mutación de roles, problemas de normas y disciplinas.

Podríamos iniciar diferenciando dos grandes grupos de familias con violencia filoparental:

-Familias en las que previamente ha existido un maltrato familiar (maltrato entre los padres, violencia hacia los hijos).

-Familias en las cuales no ha existido con anterioridad violencia intrafamiliar.

Las primeras son las familias tipo en las cuales, la violencia coexiste con el amor y el niño, aprende desde pequeño, que la violencia se utiliza para resolver los problemas o para rebajar las tensiones.

Niños criados en medios violentos presentan con frecuencia unos perfiles anómalos de su carácter, con trastornos de conducta, actitud hostiles, desafiantes y de aparente dureza que pueden enmascarar fragilidades de personalidad, clínica ansiosa o depresiva, etc. No es fácil identificar el daño psíquico en estos niños, porque en los niños los síntomas son distintos al carecer de un aparato psíquico maduro. Suelen mostrar una clínica inespecífica: suelen ser rebeldes, nerviosos, inquietos, con trastornos de conducta, actitud hostiles, desafiantes y de aparente dureza. Tras estas apariencias pueden esconderse personalidades frágiles, ansiosas, tristes, a las que le pesa la soledad.

Estos síntomas o situaciones de no ser tratados a tiempo o no introducirse cambios pueden dar lugar a formas estables de comportamiento (que conformará su personalidad). Niños criados en familias gravemente desestructuradas o gravemente maltratadoras en primera infancia, a pesar de cambios educativos o familiares posteriores pueden ser ya irrecuperables.

Sobre los niños se ejerce la *violencia de acción* y la *violencia de la ausencia*, con los sentimientos de soledad y abandono (en su versión deficitaria de no dar absolutamente nada y en la forma por “exceso” de dar mucho para no tener que dar nada).

Los niños criados en ambientes poco afectivos o claramente hostiles aprenden a no confiar en los demás. Es tan maltratante para un niño ser víctima de violencia, como ser espectador de la violencia en su casa.

Esta considerado como el factor traumatizante más grave la violencia sexual del/de la menor, seguido de la violencia de la indiferencia. La indiferencia y el aislamiento emocional de un hijo es más traumatizante que la violencia física (salvo violencias extremas).

La Encuesta de Infancia 2008 se calcula que 350.000 niños entre 6-11 años pasan toda la tarde de días laborables solos en casa. A los 12 años se dobla el número de niños que dicen estar toda la tarde solos en casa, siempre en días laborables.

De los niños entre los 6 y los 11 años que pasan toda la tarde solos, un 2,8% siguen estando solos a la hora de la cena (esto representa aproximadamente 70.000 niños). En esta franja de edad se estima que 15.000 niños están en situación de incomunicación extrema con sus padres.

Los niños maltratados sufren, pero en ellos anidan el rencor y la hostilidad. Es frecuente, que los niños maltratados se venguen, del que le trata mal y del que le trata bien (por no haber hecho nada antes ni haberle protegido antes). No es una venganza consciente, sino inevitable. Muchos hijos de padres maltratadores, tienen un punto de inflexión en la adolescencia y pasan de víctimas a maltratadores (de su padre que les agredió o de su madre, reproduciendo las conductas del padre).

Durante la primera infancia los modelos primeros y privilegiados son los padres, con su personalidad, sus relaciones, sus conflictos, etc. Tanto la contemplación de la violencia entre los padres como ser víctimas de malos tratos (físicos, psicológicos o sexuales y la privación de cuidados amorosos) impide un normal desarrollo personal y adaptación social.

Se estima que hasta en un 85% de los casos, la violencia de género coexiste con violencia hacia los hijos.

Pero no todas las familias en las que hay un adolescente o joven violento es una familia disfuncional, o al menos no muestra una disfuncionalidad visible.

La familia es una institución sometida a cambios drásticos en los últimos 30 años. El modelo tradicional de familia ha dejado paso a un modelo múltiple: familias monoparentales, familias reconstruidas, familias heterosexuales, homosexuales, etc que añaden un elemento de incertidumbre. A cifras actuales, en la Comunidad Autónoma Vasca, solo el 58% de las familias responden al modelo tradicional.

Este podría ser el perfil del joven violento:

-Mayor prevalencia del sexo masculino.

-Entre 14 y 18 años.

-Agresivo y fuerte impulsividad, descontrol de impulsos. Escasamente reflexivo. Poco control de la ira.

-Ausencia de empatía. Nunca se ponen en el lugar de los demás, existe ausencia de reconocimiento de las propias emociones y evidentemente también de las emociones de los demás.

-Percepción errónea de la intencionalidad de los demás: siempre de conflicto y agresión hacia él. Malinterpretan el lenguaje corporal.

-Autosuficiente, siempre se ha "buscado la vida", pero utiliza y manipula a su familia para sus fines.

-Capacidad exculpatoria. Sin sentimiento de culpabilidad ("*el otro se lo merece*").

-Bajo nivel de resistencia a la frustración. A veces acostumbrados a conseguirlo todo aquí y ahora.

-Escasamente reflexivo/a. O hiperactivo.

-Incapacidad para aceptar normas y para negociar.

-Déficit en habilidades sociales y resolución de conflictos. No sabe afrontar un problema sino es mediante la fuerza y la violencia.

Aun en las familias tradicionales también hay muchos cambios. La modificación de la pirámide poblacional llena los hogares de hijos únicos o con un máximo de dos hijos, sobre los cuales converge la atención de toda la familia nuclear y extensa. Pero además, otro fenómeno es el del trabajo de los padres fuera de casa. Hay una frase que se ha popularizado que dice "la madre ha salido de la casa, pero el padre no ha entrado".

Hace 50 años, en que la sociedad era más comunitaria y existía lazos solidarios interfamiliares, los niños solos eran cuidados por otros niños, vecinos, familiares, etc Sin embargo, hoy día la sociedad se ha atomizado y nadie conoce a nadie.

Tradicionalmente, la sociedad era un lugar marcado por el principio de autoridad y con claras delimitaciones jerárquicas. La autoridad era respetada por todos, y existía un orden natural que regía cada institución y las relaciones de unas instituciones con otras (familia, escuela, trabajo, etc).

Dentro de las familias han cambiado las relaciones y roles, han desaparecido las relaciones basadas en el respecto a los padres y se han introducido relaciones “democráticas” donde todo pasa por la negociación. Se otorga a los hijos un papel activo en la toma de las decisiones desde su infancia más precoz, aunque no estén preparados para ello.

Los estilos democráticos son considerados, por los especialistas, como la forma educativa más eficaz para conseguir personas competentes a nivel personal y social. Se considera que esta regulada por niveles altos de comunicación con los padres, junto a afecto, pero que controlan y exigen madurez a sus hijos. Se trataría de padres afectuosos, que refuerza con frecuencia a sus hijos teniendo en cuenta sus sentimientos y sus puntos de vista. Es un estilo posible y positivo para hijos con una cierta edad y madurez y posicionados positivamente hacia lo que sus padres les transmiten.

Por el contrario padres democráticos enfrentados a hijos difíciles, tienen un dilema. ¿qué herramientas tiene y puede utilizar? Ha cundido la idea de que el hombre es un ser bueno por naturaleza, con lo que si le permitimos que se auto realice y desarrolle todo su potencial. En esta idea se basa el rechazo a la frustración de los hijos “prohibido prohibir”. Ha cundido la idea de no frustrar a los hijos, ni decirles que no a nada. La represión es necesaria para la organización del mundo interno. Se confunde la autoridad con el autoritarismo y se ha instaurado una corriente de permisividad condescendiente, que lejos de proteger al niño, le coloca en situaciones de riesgo de las que no se puede hacer responsable

La preocupación por no frustrar provoca a la larga jóvenes infelices y frustrados. Son adolescentes que no han dejado la niñez, en cuerpos de adultos, con problemas del autocontrol interno, jóvenes inmaduros, con baja autoestima y caprichosos..

La negación de deseos, el control y frustración de los menores es visto como una coartación de sus posibilidades. Además, frecuentemente se identifica la idea mágica de que los problemas de rebeldía de sus hijos, su mal comportamiento y sus exigencias se resolverán con la madurez de forma espontánea, cosa que no ocurre de habitual. . Se tiene la idea errónea de que el propio niño, en su crecimiento, irá autorregulándose, desapareciendo de forma espontánea conductas indeseadas y antisociales en infancia precoz.

Sin embargo, esta forma de aprendizaje exige capacidades tanto de los hijos como competencia de los padres, y es posible que dejen paso a formas permisivas de crianza, que se trata de padres posicionados afectivamente cercanos a los hijos, pero con problemas para controlar la conducta de sus hijos.

Podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos que los estilos educativos actuales oscilan entre la permisividad y la democracia, con un desequilibrio hacia la permisividad.

El psicólogo Garrido Genovés ha acuñado el término *síndrome del emperador* para definir a los jóvenes con rasgos de psicopatía que maltratan a sus padres, los explotan y abusan de ellos en ausencia de una conciencia moral del daño infligido. Son chicos que no se vinculan emocionalmente con los demás, tienen poca capacidad para sentir amor hacia los demás y no les preocupan los sentimientos ajenos.

Sin embargo, Garrido Genoves hace hincapié en la causa biológica del trastorno, mientras que desde mi punto de vista hay que buscar las causas o los precipitantes en las circunstancias ambientales (porque es un fenómeno creciente, propio de tipos concretos de

familias y tipos de sociedades).

Un adolescente no frustrado, al que nunca se le ha prohibido nada ni se le ha negado nada, es una persona que no sabe relacionarse, al creerse el centro del mundo no puede encontrar su lugar en el mundo. Sus relaciones son muy intensas pero muy superficiales, reclamando constantemente aportes narcisistas (que los demás le reconozcan en su grandiosidad). No entablan auténticas relaciones porque solo esperan de los demás que les valoren, no quieren que les cuestionen ni les critiquen. Si no reciben lo que esperan se pueden tornar agresivos.

El adolescente violento es profundamente inseguro, que trata de compensar un Yo frágil, dependiente y amenazado en sus límites y por ello, en su identidad. Las conductas violentas representarían una búsqueda de una identidad grandiosa y fuerte, que le proteja de los duelos de fondos no verdaderamente realizados, ni siquiera planteados.

La formación de personalidad de los niños no solo cuenta el papel de la familia, es fundamental el papel de la sociedad. El escenario privilegiado de socialización del menor después de la familia es la escuela.

Los niños conforman su personalidad en un medio social de iguales, en contacto con otros niños, en unos procesos transaccionales ajenos a la mirada del adulto, donde se va conformando su papel social. Es una etapa en que el niño va aprendiendo reglas del funcionamiento interpersonal, el valor de su propio cuerpo, del pudor, de los lenguajes explícitos, pero empieza a reservarse información, a tener secretos, la curiosidad, lo prohibido, el deseo y el control de las emociones,...

El trabajo de construcción de su personalidad, sus comparaciones y la resolución de sus conflictos pasa por ser un trabajo personal y exclusivo, que no puede ni ha de ser resuelto por sus padres, los cuales deben estar excluidos del mismo. Tanto mayor es el niño mayor ha de ser la parcela de intimidad para sí y para sus relaciones (en su faceta positiva como negativa para que aprenda a identificar y resolver autónomamente sus conflictos).

Cada vez más, los adultos, los padres interferimos y tomamos partido en los conflictos de nuestros hijos. Somos padres hipergratificantes que refuerzan a su hijo, tenga o no razón en la disputa impidiéndole adquirir sus propios recursos.

Los modelos personales y nuestros roles en la sociedad están configurados por factores culturales. Así, cada cultura establece que actitudes son esperables, tolerables e intolerables para cada rol social. Es diferente de una a otra sociedad el como se configura el papel de padre/madre, el tipo de conductas toleradas en los hijos y las herramientas de la crianza.

La aculturación es el proceso por el cual se transmiten a los miembros de una cultura los valores, creencias, opiniones y culturas. Las culturas difieren en aspectos como (Kluckholm, 1956) la visión de la naturaleza humana como buena o mala, las relaciones del hombre con la naturaleza, la forma de entender el tiempo, el tipo o rasgos de personalidad más valorados y las relaciones entre los miembros de la sociedad.

Las culturas difieren entre sí en una dimensión fundamental que es el carácter colectivista o individualista que posean. A ambas situaciones se les ha considerado como los extremos de un continuo único o bien como constructores distintos.

Hofstede definió a las culturas individualistas como sociedades con individuos que mantiene relaciones relajadas unos de otros, cada persona espera cuidar de sí misma y como mucho de su núcleo familiar directo, son autónomos y dan prioridad a sus metas personales. Se enfatiza el derecho a la intimidad, la propiedad privada, la iniciativa individual y la

seguridad financiera y las amistades específicas. las personas de sociedades individualistas como más autónomas, egoístas, asertivas, creativas, competitivas, con iniciativa personal, auto confianza y franqueza. Estas personas tienen mayor motivación hacia el éxito, se auto ensalzan para resaltar sus cualidades frente a las de los demás.

Las sociedades colectivistas enfatizan los proyectos comunes, el bienestar del grupo por encima del bienestar del individuo, la dependencia emocional, la solidaridad del grupo, se comparten derechos y deberes y las amistades estables determinadas previamente. Se concede más importancia a las normas como determinantes de la conducta social.

La nuestra es una sociedad, que en 30 años, al tiempo que los cambios políticos ha sufrido una profunda remodelación social. De ser un modelo de sociedad colectiva ha pasado a un modelo individualista. Pero además gana terreno el individualismo de los deseos (yo quiero), no el individualismo de las ideas y de los proyectos personales.

Una sociedad sana es aquella que manteniendo una elevada cohesión social permite el desarrollo individual de sus ciudadanos.

Estos elementos culturales y la progresiva individualización social se ha puesto de relieve en los diferentes estudios realizados sobre la población española, especialmente la población juvenil. La Encuesta de Valores de la Sociedad española publicados por la Fundación Santamaría (Javier Elzo) demuestra que priorizan y valoran lo cotidiano e inmediato de su vida: la familia, los amigos y la salud. En último lugar de sus intereses sitúan la religión y la política, máximos exponentes de valores colectivos. En este estudio se obtiene que los jóvenes desean una buena familia, buenos amigos y una calidad en salud física.

Se prioriza lo individual, lo propio y próximo y el joven se desentiende de la norma colectiva, de la aceptación del otro, especialmente si es diferente.

La propia idea de la “conciencia” y la “culpa” son valores obsoletos y rechazados por la propia sociedad, que ve en ello factores restrictivos del hombre (asociado a valores religiosos). Muy vinculado al valor de la moralidad está el de la conciencia. Se trata de una cualidad que tiene el hombre al relacionarse emocionalmente con el otro, nos determina las obligaciones con los otros y nos hace responsables de nuestros actos.

Cada individuo o persona debe ajustar su propio balance entre egoísmo o altruismo según prime su valor como individuo o como perteneciente a una comunidad o sociedad.

Se supone que la conciencia es un rasgo universal, pero la investigación del siglo XX nos arroja unos resultados espectaculares sobre seres sin conciencia, que son incapaces de sentir el dolor del otro es el territorio de la psicopatía. El psicópata es el carente de conciencia, sin dolor emocional, que no conoce ni reconoce el daño y el dolor ajeno.

La empatía es la avenida para ponernos en lugar del otro, es la piedra fundamental para formar nuestra moralidad. Son emociones la piedad, la compasión y la culpa ante los malos actos. Si el niño no aprende cuales son los actos erróneos, su comportamiento no viene exigido por la responsabilidad de tratar bien al otro sino por la irresponsabilidad de servir a sus propios intereses. El desarrollo moral es la conquista de los impulsos egocéntricos para abrirse al mundo y a las necesidades de los demás.

Pero la sociedad también determina el modelo de padre y el modelo de crianza. Se ha impuesto la idea del prohibido prohibir y la cultura del amor como requisito básico y único de crianza.

En esta sociedad, el niño es el bien más preciado de una familia, sobre la que confluyen los intereses y desvelos de todos sus miembros. El amor es considerado como la herramienta más útil en la crianza de los niños, dotada de una fuerza irresistible “el amor todo lo puede”. Esta creencia deja sin herramientas ante los problemas de convivencia o de disciplina de los niños y adolescentes, en la que se demuestra que es una herramienta insuficiente.

La cultura de la violencia que impregna nuestra sociedad, absolutamente dependiente de los medios de comunicación.

La violencia es adictiva, en una sociedad hiperestimulada son necesarios estímulos cada vez más intensos para obtener la atención del público. No nos podemos sustraer a la influencia de los medios de comunicación.

En España en el 99,6% de los hogares donde hay niños hay una televisión. Se calcula que un niño ve al día 3 horas y 45 minutos de televisión, lo que representa más de 950 horas al año (mientras que en el colegio está unas 900 horas). Está más tiempo delante de la tele que en el cole. Se calcula que el 50% de su tiempo libre, de un niño normal lo pasa delante del televisor. Pero hay otros niños (unos 500.000) que todo su tiempo libre se consume viendo la tele.

El problema de ver la televisión es que es tiempo en que no juegan ni están interactuando con otros niños y el problema del contenido de la televisión. Todos estamos de acuerdo en que el contenido violento en todas las televisiones es muy alto, lo que genera un fenómeno de tolerancia y acostumbamiento ante la violencia.

Tal es así, que se acepta la violencia como forma normal de relación entre las personas y forma de solución de los conflictos. La imitación es una forma básica de aprendizaje en los niños, que aprender a relacionarse en base a como observan a su alrededor.

No toda la violencia tiene igual impacto sobre el espectador, influyen distintas variables del agresor, de la víctima, de la motivación de la violencia, contexto y armas que se utilizan. Es indudable que la televisión por si sola no genera formas violentas de comportamiento.

Importa la cualidad psicológica y la etapa de desarrollo de la persona que visiona la televisión. La incidencia de la violencia de los medios visuales es determinante de la conducta de víctimas predisuestas (por contener factores de personalidad o por carecer de otros modelos de identificación más normalizados).

La representación mediática de la violencia tiene una relación compleja con la ansiedad. Las personas que padecen ansiedad y muestran rasgos psicopáticos y violentos, prefieren ver programas violentos. Se han dado varias explicaciones a este fenómeno, porque son personas consumidoras de películas en las que se ensalza la figura solitaria de un héroe que por medio de la violencia alcanza fines altruistas. Se interpreta como una forma indirecta de adquirir un papel social, como forma de calmar la ansiedad durante un tiempo, o bien como una justificación implícita a la violencia.

Un estudio de la UNESCO (UNESCO Global Media Violence Study) muestra que el 88% de los niños del mundo conoce a Terminator, y que el 50% de los niños que viven en lugares de alta violencia quieren ser como Terminator, mientras que solo el 37% de los niños procedentes de lugares con baja violencia quieren ser como él.

El entorno familiar, social, cultural, etc juega un papel y determina en gran manera

cual será el impacto de la violencia filmada como forma de incrementar actitudes, comportamientos, etc.

En 1999 se publicó en EEUU los resultados del Nacional Televisión Violence Study considerado como el estudio más importante y más riguroso del medio televisivo por la cantidad de horas de televisión analizadas durante tres años.

Se estudiaron aleatoriamente 2.700 horas de emisión en televisiones tradicionales y por cable y permite extraer conclusiones sobre el tipo de contenido de los programas y su posible impacto sobre el espectador.

Este estudio analiza a las diferentes cadenas y las distintas formas de presentación de la violencia. Concluye que las cadenas de pago son más violentas que las cadenas estatales y que solo en un 16% se representan las consecuencias realistas a largo plazo. En un 40% no hay ningún castigo para agresores malvados, y en el 74% no hay castigo inmediato. En un 40% hay humor añadido, no hay sangre en el 86%, se trata de una violencia saneada. En un elevado tanto por ciento la violencia también se haya embellecida, es el papel estereotipado del héroe solitario que recurre a la violencia como forma de salvar a la humanidad.

En definitiva el peor modelo que se puede presentar a través de un medio de comunicación visual es el de un agresor atractivo, dotado de sentido del humor, que realiza actos violentos por un motivo altruista, la violencia la ejerce por medio de armas convencionales y no hay castigo ni otras consecuencias visibles desagradables.

La violencia vista en televisión provoca tres tipos de efectos:

- aprendizaje de actitudes y conductas violentas.
- insensibilidad ante la violencia
- temor a ser víctima de agresiones.

En esta cultura global, la televisión ha dejado paso a Internet, con emergencia páginas webs, blogs, Youtube, MySpace, etc que son las formas predominantes de relación para adolescentes y jóvenes. Los niños, según abandonan la niñez, disminuyen el consumo de televisión y se introducen en el mundo de Internet, como medio de relación, medio de búsqueda de modelos de identificación. En estos medios han proliferado espacios cargados de elementos perturbadores, donde media la violencia en forma extremas (agresiones a minusválidos, ancianos, emigrantes...) y que se nutre con las aportaciones de los propios participantes.

Debemos, necesitamos una cultura de paz, donde los referentes sociales sean personas altruistas, reflexivas y solidarias. Nuestra conducta como individuos es menos genuina e individual de lo que pensamos. Del mismo modo que la cultura de la violencia se ha impuesto, debería cambiarse hacia una moda de paz.

Bilbao 2010